

Zeitschrift: Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas

Band: 53-54 (2007)

Artikel: Bibliotecas imaginadas de la España medieval

Autor: Bizzarri, Hugo O.

DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-270510>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 08.11.2024

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

BIBLIOTECAS IMAGINADAS DE LA ESPAÑA MEDIEVAL

La biblioteca más famosa del mundo hispánico es la de don Alonso Quijano, el hidalgo manchego que se transformó en Don Quijote. Sin embargo, Cervantes no se ocupa en describirla en detalle. Cuando el hidalgo está de regreso en su casa, luego de su primera salida, el autor narra la escena en unas escuetas líneas: «Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños»¹. Estos son los únicos detalles físicos que Cervantes nos da de la famosa librería. Copia de libros, en gran formato como solían ser impresos los libros de caballería y «otros pequeños» que deberían ser de género pastoril:

–Así será –respondió el barbero–; ¿pero qué haremos destos pequeños libros que quedan?

–Éstos –dijo el cura– no deben de ser de caballerías, sino de poesía. Y abriendo uno, vio que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor. (*Quijote*, I, 88)

El hecho de que esos libros en gran formato estuvieran «muy bien encuadernados» implica cierto cuidado de la biblioteca. Nada se dice si la librería de Alonso Quijano poseía «pliegos sueltos».

Noticias más concretas tenemos de los libros que la componían, gracias al famoso escrutinio que se hace en el mismo capítulo. Ella albergaba libros de los siglos XV a XVII, desde el más antiguo libro de caballería, como el *Amadís de Gaula*, impreso en Sevilla en 1496,

¹ Cito por Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 2 vols.; esta cita en vol. I, p. 80.

hasta libros de reciente aparición, como *La Galatea* del mismísimo Cervantes.

No obstante esto, la imagen más frecuente que se nos viene a la mente cuando hablamos de la biblioteca de Alonso Quijano es la que nos ofrece la riquísima iconografía que sugirió la obra. Ella nos representa la «librería» del hidalgo manchego como un gran desorden, con libros tirados por el piso, con poca luz y con un gran sillón en el cual Alonso Quijano lee al mismo tiempo que gesticula manifestando su locura². Muy pocos grabados muestran una habitación más acorde a lo que nos dice el autor. E inclusive: los grabados que representan la librería de Alonso Quijano no ilustran el episodio del escrutinio, sino más bien la escena del capítulo inicial en la que Cervantes describe al hidalgo manchego en su casa, abocado a la lectura de los perniciosos libros de caballería. Vale decir que, como tantos aspectos de esta obra, su lectura se vio condicionada por la interpretación que hicieron de ella los artistas gráficos.

En la misma obra hay otras dos bibliotecas. Una de ellas es la de Diego de Miranda, burgués de un pueblo castellano, que esgrime como autopresentación: «Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España» (*Quijote*, II, XVI, 790). Los libros hablan de sus poseedores. En la librería de Diego de Miranda se dan cabida crónicas y libros religiosos, como corresponde a todo burgués. El equilibrio de espíritu que quiere mostrar el personaje en su presentación se refleja en la exclusión de su biblioteca de los libros de caballería.

² La iconografía cervantina ha dado lugar a múltiples monografías. Hoy contamos con un valioso banco de datos con más de 8000 imágenes elaborado por José Manuel Lucía Megías, *QBI (1605-1905) Banco de Imágenes* (www.qbi2005.com). Véase de Carlos Alvar et alii, *La imagen del Quijote en el mundo*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos-Lunwerg Editores, 2004.

La tercera librería es la que se encuentra en la venta de Juan Palomeque (*Quijote*, I, XXXII). Se trata ésta de una precaria biblioteca de viaje: «Y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y, abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano» (p. 399). Los libros que la conforman son *Don Cirongilio de Tracia*, *Felixmarte de Hicarnia* y la *Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes*, es decir, todos libros de caballería. Aparte de estos volúmenes, se encuentran unos papeles sueltos que contienen la *Novela del curioso impertinente*, que será motivo de los capítulos 33 a 35 del *Quijote*.

Tenemos, pues, tres bibliotecas de carácter diferente. Y las tres nos hablan de sus poseedores. La de Alonso Quijano y la de la venta son bibliotecas de entretenimiento, mientras que la de Diego de Miranda es una biblioteca de edificación. La de don Quijote refleja los intereses de un manchego hidalgo; la de don Diego, la de un burgués; mientras que la de la venta es una biblioteca esencial de esparcimiento para un viaje³.

La biblioteca de Alonso Quijano, como dije al comienzo, es la más famosa del mundo hispano. La crítica ha relacionado el escrutinio que se hace de ella en el capítulo VI de la Primera parte con la quema de libros en la España inquisitorial⁴. Sin embargo, no me interesa tanto

³ La biblioteca de don Quijote ha suscitado una abundante literatura. Entre los trabajos más importantes vale citar Edward Baker, *La biblioteca de don Quijote*, Madrid, Marcial Pons, 1997; Daniel Eisenberg, «La biblioteca de Cervantes», en *Studia in Honorem prof. M. de Riquer*, Barcelona, 1987, T. II, pp. 271-328; Víctor Infantes, «Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas», *Bulletin Hispanique*, 99, 1997, pp. 281-292 y el asiento de Manuel Peña Díaz, «Biblioteca de Cervantes», en Carlos Alvar et alii, *Gran Enciclopedia Cervantina*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos-Editorial Castalia, 2006, T. II, pp. 1330-1332.

⁴ Véase el comentario de Sylvia Roubaud en *Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, volumen complementario, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, pp. 28-31 y la bibliografía allí mencionada.

ahora ver este episodio como examen inquisitorial de la literatura de su época, sino más bien reparar en la biblioteca del hidalgo, y ella no es ni la única ni la primera que se nos presenta en las literaturas hispánicas. Muy por el contrario, la presencia misma de la biblioteca como espacio literario es una constante en las letras castellanas. Intentaré dar a continuación algunos ejemplos.

1. Noticias generales sobre bibliotecas: hacia la biblioteca ideal

Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* (Libro VI, 3 y 6) ofrece noticias de bibliotecas famosas del mundo antiguo⁵. Luego de retrotraer los orígenes de la palabra a los términos griegos *biblio* y *theka*, enumera las bibliotecas más antiguas. La primera es la que manejó Esdras, el escriba versado en la ley de Moisés que se encargó de escrutar la ley de Yahveh, ponerla en práctica y enseñar a Israel preceptos y normas (*Esdras* 7: 6-10). Entre los gentiles fue Pisístrato quien fundó la primera biblioteca que luego fue trasladada a Persia por Jerjes después del incendio de Atenas. Ptolomeo Filadelfo, el fundador de la Biblioteca de Alejandría, llegó a reunir 70.000 volúmenes; Alejandro Magno y sus sucesores pusieron todo su empeño en enriquecer las bibliotecas. En el mundo cristiano el mártir Pánfilo llegó a reunir 30.000 volúmenes y Jerónimo y Jenaro realizaron la primera catalogación de las obras que conformaban una biblioteca. Sin proponérselo, el santo sevillano ofrece una serie de ejemplos de lo que podríamos denominar, sea por su organización sea por su volumen, «bibliotecas ideales».

San Isidoro no se interesó en hacer una historia del libro; por eso, los casos que refiere presentan bibliotecas ideales, modelos ejemplares dentro de la historia de la cultura. Su descripción de una biblioteca se transformó en imagen arquetípica de la biblioteca ideal

⁵ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero, introducción general por Manuel C. Díaz y Díaz, Madrid, BAC, 1982, 2 vols.

y así fue transmitida por las enciclopedias hasta el hartazgo⁶. Para encontrar otra descripción en España de una biblioteca ideal debemos esperar hasta la llegada de Alfonso X. Este monarca tuvo una verdadera preocupación por las librerías, pues advirtió que ellas formaban parte importante de ese proceso de recuperación del saber al que aludió en varias oportunidades.

Las bibliotecas en el mundo antiguo y en la Edad Media, pese al celo de sus custodios, no eran conjuntos irreductibles. Alfonso X destacó la dificultad de conocer los hechos pasados «por los libros que se perdieron et fueron destroydos en el mudamiento de los señoríos»⁷. Pero sin llegar a tales extremos, ellas estaban sometidas a constantes traslados, intercambios y donaciones. Los centros culturales debieron de fomentar ese movimiento. De ello nos da cuenta Fray Juan Gil de Zamora, secretario de Alfonso X, cuando entre 1277 y 1282 escribió su *De preconiis Hispanie*. En este tratado no dejó de remarcar el florecimiento de la filosofía que se produjo en Toledo en el siglo XII en torno a la figura de Juan Hispano o Hispalense. Entre otras obras, recuerda que su equipo tradujo las *Tabule toletane*, «ubi fere omnes libri philosophici sunt translati de arabico in latinum»⁸. El propio Alfonso X señala en el prólogo a su *Estoria de España* que la elaboración de la crónica se realizó gracias a constantes pedidos que se hacían a otras bibliotecas del reino: «[...] mandamos ayuntar quantos libros pudimos auer de istorias en que alguna cosa contassen los fechos d'España [...] et compusiemos este libro de todos los fechos que fallar se pudieron della»⁹. Los préstamos eran frecuentes y eran motivo de peregrinación de libros por diversas bibliotecas. En una carta de la reina doña Violante, esposa

⁶ Por ejemplo, Alfonso de Toledo se hace eco de ella en el pequeño manual de inventores que escribe hacia 1467. Véase Alfonso de Toledo, *Invencionario*, ed. Philip O. Gericke, Madison, HSMS, 1992, p. 28.

⁷ *Primera crónica general de España*, ed. Ramón Menéndez Pidal, con un estudio actualizador de Diego Catalán, Madrid, Gredos, 1977, t. I, p. 4.

⁸ Cito por Fray Juan Gil de Zamora, O. F. M., *De preconiis Hispanie*, ed. Manuel de Castro y Castro, O. F. M., Madrid, Universidad Complutense, 1955, p. 179.

⁹ *Primera crónica*, *loc. cit.*

de Alfonso X, dirigida el 21 de abril de 1272 a Fray Diego Reys le solicita que devuelva los cinco libros que había tomado de doña María de Portugal y que habían pertenecido a don Lope, obispo de Sigüenza. En otras dos cartas el propio rey Alfonso pide a los monasterios de Santa María de Nájera y del Cabildo de Albelda libros que necesitaba para elaborar sus crónicas¹⁰. Ello conformaría bibliotecas transitorias que los colaboradores del rey Sabio utilizarían en el largo y complicado proceso de elaboración de la crónica.

Además de varias cartas del rey Sabio pidiendo libros a diversas bibliotecas monacales, contamos con varios registros contemporáneos que nos dan la pauta de la riqueza de los volúmenes que se encontraban en tierras Españolas. Así, el inventario de don Sancho de Aragón, obispo de Toledo entre 1266 y 1275, el de don Gonzalo García Gudiel cuando fue ordenado obispo de Cuenca en 1273 y otro suyo de cuando fue promovido al arzobispado de Toledo en 1280¹¹. La obtención de nuevos puestos era oportunidad para acrecentar la biblioteca personal, pero también motivo de su traslado.

Ciertos libros de preferencia del rey serían apartados para su lectura más frecuente conformando su biblioteca particular. La biblioteca de Alfonso llegó a tener la no despreciable suma de 150 volúmenes. De algunos de ellos nos da cuenta su testamento del 21 de enero de 1284. Allí se mencionan el *Speculum historiale*, varios tomos de las *Cantigas de Santa María*, otros volúmenes descritos de manera general y «[...] las dos *Biblias* et tres libros de letra gruesa, cobiertos de plata, e la otra en tres libros hestoriados que nos dio el rey Luis de Francia», todos libros que deberían estar en su cámara y que luego irían a reposar donde fuera enterrado su cuerpo, sea la Iglesia Mayor de Santa María de Sevilla o de Murcia; mientras que

¹⁰ Véanse dichas cartas en J. Pérez Guzmán, «La biblioteca de consulta de D. Alfonso el Sabio», *La ilustración española y americana*, 140, 1905, pp. 131-134.

¹¹ Véase Luis Rubio García, «En torno a la biblioteca de Alfonso X el Sabio», en Fernando Carmona y Francisco J. Flores (eds.), *La lengua y la literatura en tiempos de Alfonso X (Actas del Congreso Internacional. Murcia, 5-10 de marzo de 1984)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1985, pp. 531-551.

para su sucesor estaba reservado el *Setenario*¹². Así como la obtención de nuevos puestos podía redundar en un acrecentamiento del patrimonio bibliográfico, la muerte, por el contrario, podía ser motivo de la desmembración de bibliotecas.

Es dentro de este contexto de constante inquietud por acrecentar y conservar el tesoro bibliográfico que se puede entender mejor la preocupación del rey Sabio en dedicar una ley especial de la *Partida II* al funcionamiento de las bibliotecas:

Estacionarios ha menester que haya en todo estudio general para ser cumplido que tenga en sus estaciones buenos libros e legibles, e verdaderos de texto e de glosa, que los loguen a los escolares, para hacer por ellos libros de nuevo o para enmendar los que tuvieren escritos. E tal tienda o estación como esta no la debe ninguno tener sin otorgamiento del rector del estudio. E el rector, antes que le dé licencia para esto, debe hacer examinar primeramente los libros, de aquel que debía tener la estación para saber si son buenos e legibles, e verdaderos. E aquel que hallare que no tiene tales libros, no le debe consentir que sea estacionario, ni logue a los escolares los libros a menos de ser bien enmendados primeramente. Otrosí debe apreciarle el rector, con consejo del estudio, cuanto debe recibir el estacionario por cada cuaderno que prestare a los escolares para escribir o para enmendar sus libros. E debe, otrosí, recibir buenos fiadores de él que guardará bien e lealmente todos los libros que a él fueren dados para vender, que no hará engaño ninguno¹³.

El pasaje revela la concepción que Alfonso tenía de una biblioteca ideal. En principio, estar regida por bibliotecarios que velaran por sus libros y que se ocuparan de que ellos estuvieran debidamente ubicados. Alfonso sabía lo que significaba el caos en una biblioteca.

¹² Este testamento fue publicado por Antonio G. Solalinde en *Antología de Alfonso X el Sabio*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941, pp. 233-242.

¹³ Alfonso X el Sabio, *Las siete Partidas (El Libro del Fuero de las Leyes)*, introducción y edición dirigida por José Sánchez-Arcilla Bernal, Madrid, Ediciones Reus, 2004, *Partida II*, Tít. XXX, Ley XI, p 367.

Luego que esos libros fueran «buenos, legibles y verdaderos», tres adjetivos de difícil interpretación. ¿Qué entendía por «buenos»? ¿Tal vez calidad? No lo sabemos, pero es claro que sabía de las ventajas de una buena copia («legibles»). «Verdaderos de texto e de glosa» tal vez haga referencia a la calidad de la doctrina o al saber que ellos deberían contener. Pero la labor del estacionario no sería tan sólo la de velar por el contenido y calidad de los textos, sino también la de celar por su conservación; de ahí que estaba obligado a pedir una buena garantía a los escolares para asegurarse de que éstos devolvieran los libros.

Como vemos, Alfonso se planteaba el problema de una biblioteca ideal. Tal vez esta inquietud fuera el resultado de las frecuentes limitaciones bibliográficas que hallaba para realizar su empresa cultural y del constante interés que tuvo por hacer que obras que circulaban en Oriente formaran parte del acervo bibliográfico castellano.

2. Las bibliotecas imaginadas del entorno alfonsí

La mayoría de los sabios a los cuales hacen referencia las obras del siglo XIII son sabios que no han aprendido su saber en bibliotecas; muy por el contrario, la sabiduría les ha venido por vía auricular, de reuniones que hacían sus grandes maestros. Por lo menos ésta es la imagen que transmiten las obras traducidas del árabe o que parecen tener esta procedencia. El *Libro de los doze sabios* recrea la ficción de una junta de sabios en torno al rey Fernando III que lo aconsejan pronunciando sus dichos; *Flores de filosofía* es el ensamble de los dichos que profirieron treinta y cuatro sabios a los que luego se les sumó Séneca; *Bocados de oro* recrea la vida y dichos de veinticuatro sabios, entre ellos Platón, Sócrates y Aristóteles, siempre transmitiendo su saber de forma oral; y el *Libro de los buenos proverbios* recrea la asamblea de sabios en el interior de templos de iniciados. En el entorno de estos sabios las bibliotecas parecen no existir sino raramente.

Sin embargo, hay excepciones. Dentro de esta tradición oriental las bibliotecas subyacen como el lugar implícito donde algunos sabios hallan la sabiduría. Una de las escasas obras que nos indican que el saber fue hallado en una biblioteca es *Poridat de las poridades*, una de las traducciones (de las dos que existieron en castellano) del *Sirr al-asrâr* árabe¹⁴. Se trata de una pequeña obra atribuida a Aristóteles que en ocho capítulos pretende no sólo dar consejos para el gobierno del estado, sino también avisos medicinales, un lapidario y rudimentos de nigromancia. La obra está precedida de un prólogo en cual el traductor deja constancia de los esfuerzos que tuvo que hacer para hallar esta obra:

Dixo el que trasladó este libro, Yahye abn Aluitac: Non dexé templo de todos los tenplos ó condesaron los philósophos sos libros de las poridades que non buscase, nin omne de horden que yo sopiesse que me conseiasse de lo que demandaua a quien non preguntasse fasque uin a un templo quel dizen Abdexenit que fizo Homero el Mayor pora si, et demandé a un hermitanno sabio et roguél et pedíl merçed fasta que me mostró todos los libros del templo; et entrellos fallé un libro que mandó Almiramomelín buscar, escripto todo con letras doro, et tornéme pora él muy pagado, et començé con ayuda de Dios et con uentura de

¹⁴ Mario Grignaschi, «L'origine et les métamorphoses du *Sirr-al-'asrâr* (*Secretum secretorum*)», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 43, 1976, pp. 7-112 ; *idem*, «La Diffusion du *Secretum secretorum* (*Sirr-al-'asrâr*) dans l'Europe occidentale», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 55, 1980, pp. 7-70; *idem*, «Remarques sur la formation et l'interprétation du *Sirr-al-'asrâr*», en *Pseudo-Aristotle. The Secret of secrets. Sources and influences*, ed. por W. F. Ryan y Charles B. Schmitt, Londres, The Warburg Institute-University of London, 1982, pp. 3-33; Hugo O. Bizzarri, «Difusión y abandono del *Secretum secretorum* en la tradición sapiencial castellana de los siglos XIII y XIV», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 63, 1996, pp. 95-137; Steven J. Williams, *The Secret of Secrets. The Scholarly Career of a Pseudo-Aristotelian Text in the Latin Middle Ages*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2003.

Miramomelín a trasladarlo de language de gentiles en latín et de latín en aráuigo¹⁵.

El nombre del traductor es conocido: Yahya ibn al-Bâtrik fue un cristiano nestoriano que vivió hacia el año 800 y que trabajó como esclavo liberto del Califa al-Ma'mun¹⁶. La mención del templo de «Homero el mayor» (en realidad error por «Hermes») en el cual encuentra el libro es significativa, pues ella sugería ya un tipo de saber. En la Antigüedad se atribuía a Hermes la *Tabula Smaragdina*, una obra que para los alquimistas tenía la misma importancia que para el cristianismo las tablas de la Ley. Fueron precisamente los filósofos nestorianos los que entre los árabes transmitieron estos textos¹⁷. La literatura hermética era en su mayor parte clerical. Lectura infaltable para los iniciados eran textos de Demócrito y Zósimos. De este último se transmitía un escrito que se decía haber sido copiado de un texto griego escrito con letras de oro y plata. En esta época también circulaban en Oriente textos elaborados en Siria y en Egipto tal vez a partir de materiales griegos, como el *Kitâb Qarâtîs alhkîm* y el *Kitâb al-Habîb*. Los templos de Oriente solían albergar una amplia variedad de tratados herméticos que formarían el «entorno sugerido» que acompañaría a *Poridat de las poridades*.

El párrafo de esta obra destaca los esfuerzos denodados que hizo Yahya ibn al-Bâtrik para satisfacer el mandato de su amo. Es claro que este tipo de libro que buscaba presentaba un saber iniciático; por tanto, se dedica a explorar todos los templos que encuentra en los cuales se hallaban los escritos de los sabios filósofos. Finalmente, encuentra un templo más retirado, custodiado por ermitaños, y en su

¹⁵ Seudo-Aristóteles, *Poridat de las poridades*, ed. Lloyd A. Kasten, Madrid, 1957, p. 31.

¹⁶ Sobre este personaje, véase Steven J. Williams, *op. cit.*, pp. 8 y ss.

¹⁷ Sobre Hermes y su templo, véase el libro de J. Ruska, *Tabula Smaragdina. Ein Beitrag zur Geschichte der hermetischen Literatur*, Heidelberg, Carl Winter's Universitätsbuchhandlung, 1926 y el asiento de M. Plessner en *L'Encyclopédie de l'Islam*, Leiden-New York-París, E. J. Brill, 1971, T. III, pp. 479-481.

biblioteca halla lo que tanto buscaba: el libro de Aristóteles escrito con letras de oro. La escritura de un libro de exquisita filosofía en letras de oro era figura frecuente en la literatura árabe¹⁸. Era claro que el saber que Yahya ibn al-Bâtrik iba a encontrar en ese templo era un saber hermético¹⁹. Este fragmento ya introducía en los temas que iba a desarrollar este tratado: saber médico, fisonómico, lapidario y astrológico.

Esta búsqueda incansable del libro iniciático por extrañas bibliotecas es nota distintiva de la versión oriental del *Sirr al-asrâr*. Su traducción occidental, la que hizo Felipe de Trípoli en el primer cuarto del siglo XIII, elimina todo este episodio iniciático. Felipe de Trípoli confiesa haber traducido el libro tan sólo porque se lo encomendó su superior. Los lugares iniciáticos de Oriente son reemplazados aquí por la gran capital de Ultramar, Antioquía:

Al su senyor muy exçelente en honrra de la religi3n christiana, esclareçido Guindoforo de Valencia, çibdat Tripolín, glorioso obispo Philipo, pequenno de los sus clérigos, a ssí mismo & de fiel deuoci3n. Rruego digno fue que por la vuestra clemençia touiesse aqueste libro en el qual pocos menos de todas las sçiençias alguna cosa prouechosa se contiene. Pues que assí es, como yo fuesse con uos açerca de Antiochía, fallada aquesta cosa preçiosa de philosophía a vos plugó que se trasladase de la lengua de Arauia en latín, por lo qual, a la vuestra voluntad omil mente obedesçiendo, aqueste libro trasladé con gran trabajo por palabra luçiente de aráuigo languaye [*sic*] en latín²⁰.

¹⁸ De hecho, esta ficción se hallaba ya en la obra *Tabaqât* de Ibn Gulğul que debió de servir de fuente al *Sirr al-asrâr*. Véase Mario Grignaschi, «Remarques sur la formation et l'interprétation du *Sirr-al-'asrâr*», *art. cit.*, pp. 3-33, esp. p. 6.

¹⁹ Sobre este personaje, véase el artículo de Françoise Micheau «Yahye abn Aluitak», en *L'Encyclopédie de l'Islam*, Leiden-New York-París, E. J. Brill, 2005, T. XI, pp. 267 s.

²⁰ *Pseudo-Aristóteles. Secreto de los secretos* (Ms. BNM 9428), ed. Hugo O. Bizzarri, Buenos Aires, Secrit, 1991, pp. 23 s.

Nada sabemos sobre los enigmáticos personajes que protagonizan esta búsqueda. Pero el hecho de que el hallazgo del libro se ubique en Antioquía y no en otra localidad de Oriente hace pensar en un deseo de cristianizar el texto. El libro es hallado en tierras lejanas, pero representativas para la cristiandad. Y esta nueva apariencia que se le da al *Sirr al-asrâr* es lo que permitió su difusión en Occidente, no sólo en las aulas universitarias, sino inclusive en la misma corte papal²¹.

El relato de un sabio que buscaba la sabiduría en bibliotecas iniciáticas era lugar común en las obras árabes que se insertaban dentro del género del *adab*²². Pero este modelo se transformó en relato protagonizado por el rey Sabio en obras suyas que revelan un interés más personal. El *Lapidario* presenta otras bibliotecas unidas estrechamente a saberes iniciáticos de Aristóteles. Todo el prólogo del libro no es sino la narración del rodar de este libro por diversas bibliotecas. Aristóteles es presentado como un filósofo natural que formuló el principio de Dios como causa primera: «[...] dixo que todas las cosas que son so los uelos [*sic* por cielos] se mueuen et se endereçan por el mouimiento delos cuerpos celestiales, por la uertud que an dellos, segund lo ordenó Dios, que es la primera uertud et donde la an todas las otras»²³. Entre otras obras, Aristóteles escribió un lapidario en el cual describe setecientas piedras. Sus pasos fueron seguidos por sabios que estudiaron tanto los cuerpos celestiales como los terrenales; uno de ellos fue Abolays, sabio moro conocedor de la cultura indú gracias a sus lazos familiares. Pero, como ya había dicho

²¹ Como bien ha estudiado Steven J. Williams en varios de sus trabajos: «The Early Circulation of the Pseudo-Aristotelian *Secret of Secret* in the West: The Papal and Imperial Courts», *Micrologus*, 2, 1994, pp. 127-144; «Roger Bacon and his Edition of the Pseudo-Aristotelian *Secretum secretorum*», *Speculum*, 69, 1994, pp. 57-73 y *The Secret of Secrets*, *op. cit.*, pp. 109-346.

²² Sobre el *adab*, véase el artículo que le dedica F. Gabrieli en *L'Encyclopédie de l'Islam*, Leiden-New York-París, E. J. Brill, 1960, T. I, pp. 180 s.

²³ Alfonso X, *Lapidario (según el manuscrito escurialense H.I.15)*, ed. Sagrario Rodríguez M. Montalvo, Madrid, Gredos, 1981, p. 17.

en la *Estoria de España*, los libros y bibliotecas, y con ellos el saber, estaban sometidos al accionar humano:

Mas, por las grandes guerras et las otras muchas occasyones que y acaescieron, muriera la gente, et fincaron los saberes como perdudos; assí que muy poco se fallaua dello. E este Abolays auíe un su amigo quel buscaua estos libros et gelos fazía auer (p. 18).

El cambio de «señoríos» propicia la destrucción de libros²⁴. Por tanto, el saber hay que recuperarlo y para ello envía a un emisario que recorra las bibliotecas y halle esos libros. Uno de los libros que ese emisario suyo halló es este lapidario que describe 360 piedras que Abolays comienza a traducir. Pero a su muerte el libro volvió a perderse hasta que llegó a manos de Alfonso:

Et ouol en Toledo, de un iudío quel teníe escondido, que se non quería aprouechar dél, nin que a otro touiese pro. Et de que este libro ouo en su poder, fizo lo leer a otro su judío, que era su físico et dizen le Yhuda Mosca el Menor, que era mucho entendudo en la arte de astronomía et sabíe et entendíe bien el aráuigo et el latín (p. 19).

El proceso se vuelve a repetir: como Abolays, Alfonso manda buscar los libros en bibliotecas de su reino y así lo halla en casa de un judío que lo tenía oculto. Y como hizo su antecesor, también el rey Sabio va a proceder a su traducción, esta vez del árabe al castellano. Así Alfonso se pone a la talle de esos sabios árabes continuadores del saber de Aristóteles. Alfonso no describe la biblioteca del judío, sino sólo dice que lo «teníe escondido». Para el judío era claro que este libro transmitía un saber prohibido y, por tanto, lo guardaba en secreto. No sabemos si tendría otros libros

²⁴ El concepto de «señorío» ha sido una de las ideas rectoras de la *Estoria de España* alfonsí, como bien ha demostrado Inés Fernández Ordoñez, «Variación en el modelo historiográfico alfonsí en el siglo XIII. Las versiones de la *Estoria de España*», en Georges Martin (ed.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2000, pp. 41-74.

ocultos o si este era el único. Más que la descripción de las bibliotecas por donde estuvo este libro a Alfonso le importa marcar el derrotero que hizo el volumen por diversas bibliotecas y sus sucesivos hallazgos, pues esto ilustraba esa recuperación de saberes que él estaba empeñado en realizar.

El prólogo al *Libro de las cruces* narra otro de los esfuerzos llevados a cabo por Alfonso. El traductor recuerda que el saber es un don dado por Dios a los hombres para distinguirlos de todos los otros animales de la creación. Pero cuando el rey Sabio asumió el gobierno del reino, éste se hallaba en un momento especial de crisis cultural: había llegado la oscuridad de los tiempos con la pérdida de los saberes; por tanto, la tarea urgente que tuvo que emprender el rey para servir a Dios fue la de llevar a cabo su recuperación:

Onde nostro sennor, el muy noble rey don Alfonso [...] en que Dyos puso seso, et entendimiento e saber sobre todos los príncipes de su tyempo, leyendo por diuersos libros de los sabios, por alumbramyento que ouo de la gracia de Dyos de quien uienen todos los bienes, siempre se esforçó de alumbrar et de abiuar los saberes que eran perdidos al tyempo que Dyos lo mandó regnar en la tierra²⁵.

Aunque no se lo diga explícitamente, los continuos esfuerzos del rey Sabio en recuperar el saber, tienen la misma importancia que la acción de llevar a cabo la Reconquista: el rey Sabio se propuso ensanchar los límites culturales de su tiempo recuperando el saber perdido. Por eso es tan frecuente la presentación de esa tarea como una empresa personal del rey:

Onde este nostro sennor sobredicho, qui tantos et diuersos dichos de sabio uiera, leyendo que dos cosas son en el mundo que mientre son escondidas non prestan nada, et es la una seso encerrado que non se amostra, et la otra thesoro escondido en tierra, él semeiando a Salomón

²⁵ Alfonso el Sabio, *Libro de las cruces*, eds. Lloyd A. Kasten y Lawrence B. Kiddle, Madrid-Madison, 1961, p. 1.

en buscar et espaladinar los saberes, doliendo se de la pérdida et la mengua que auían los ladinos en las sciencias de las significaciones sobredichas, falló el *Libro de las Cruzes* que fizieron los sabios antiguos (p. 1).

En consecuencia, esta insistencia en la búsqueda del saber no es un mero tópico literario sino una empresa a cumplir por el rey. Nada nos dice el prólogo de la biblioteca en la cual se encontró el *Libro de las cruces*, pero debió de ser una librería de ciencias ocultas, de las tantas que abundarían en Toledo entre las comunidades hispanoárabes. De hecho, el libro debe ser traducido del árabe al castellano: «[...] et mandólo trasladar de aráuigo en language castellano, et trasladólo Hyuhda fy de Mossé alChoen Mosca, su alfaquín et su merçed» (p. 1).

Al lado de estas bibliotecas herméticas, interesaron a Alfonso bibliotecas religiosas, en especial aquellas que conservaban volúmenes referidos a la literatura del *adab*, un tipo de literatura destinada a la formación espiritual del hombre. Uno de ellos es el *Calila e Dimna*, en el cual se presenta la imagen arquetípica del rey amante de la sabiduría: «Et este rey era muy acuçioso en allegar el saber et en amar los filósofos más que otri, et trabajávase en aprender el saber, et amávalo más que a muchos deleites en que los reyes se entremeten»²⁶. Su médico Berzebuey se afana a buscar la fuente de la vida eterna:

Et commoquier que era físico conoçido, era sabio et filósofo, et dio al rey de India una petición, la qual dezía que fallava en escripturas de los filósofos que en tierra de India avía unos montes en que avía plantas et yervas de muchas maneras, et que si conoçidas fuesen et sacadas et

²⁶ *Calila e Dimna*, ed. J. M. Cacho Blecua y M. J. Lacarra, Madrid, Castalia, 1985, p. 101. Remitimos a los estudios de María Jesús Lacarra, *Cuentística medieval en España: Los orígenes*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española, 1979, *idem*, *Estudios sobre Pedro Alfonso de Huesca*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996 y John Tolan, *Petrus Alfonsi and his Medieval Readers*, Gainesville, University Press of Florida, 1993.

confaçonadas, que se sacarí[n] dellas melezinas con que resuçitasen los muertos (pp. 199 s.).

La biblioteca de Berzebuey debió de ser la biblioteca de un médico, con especial predilección por los herbolarios. En ellos se hacía referencia a la medicina oriental. En India Berzebuey no se dedica a leer libros, sino a hacer trabajos experimentales: desea comprobar en los muertos la eficacia de las hierbas estudiadas. Entonces descubre que las hierbas que daban la vida eterna al alma eran los dichos que se hallaban en los libros de los filósofos. Por tanto, su embajada se transforma en una búsqueda de esos libros por las bibliotecas de Oriente: «Et quando esto sopo Berzebuey, buscó aquellas escrituras, et fallólas en lenguaje de India, et trasladólas en lenguaje de Persia et conçertólas» (p. 101). Así regresa con estos textos a su reino y ellos se transforman en lectura obligada de todos los nobles, pero especialmente del rey, quien los guarda en su biblioteca personal: «Et quando fue Berzebuey en su tierra, mandó a todo el pueblo que tomasen aquellos escritos, et que los leyesen et rogasen a Dios que les diese graçia con que los entendiesen; et dioles aquellos que eran más privados en la casa del rey. Et el uno de aquestos escritos es aqueste libro de Calila et Dimna» (pp. 101 s.).

Ya he dicho que el *Libro de los buenos proverbios* presenta reuniones de sabios en las que profieren sus dichos. Pero hay una ocasión en la que aparece una biblioteca: la historia del sabio Anchos, el profeta y versificador²⁷. El traductor de la obra, Hunain ibn Ishâq, el Joaniçio del libro, relata que en unos libros griegos halló que un rey de Grecia mandó llamar al sabio Anchos para que viniera con sus libros hasta su corte. Así «Anchos tomó su aver todo y sus libros y yvasse pora él» (p. 43), pero en el camino unos asaltantes lo mataron para robarle. El profeta, viéndose en gran aprieto, invocó como testigo de su asesinato unas grullas, lo cual le hizo caer en el desprecio de los asaltantes. Poco después se celebró una gran fiesta

²⁷ *The Libro de los buenos proverbios. A Critical Edition*, ed. Harlan Sturm, Lexington, The University Press of Kentucky, 1971, pp. 43-45.

en la que se destaca la participación de Anchos: «En aquel día era su costumbre de leer sus libros de philosophía y de buenas sapiencias» (p. 44). Acudieron allí los ladrones a escuchar; entonces las grullas volaron sobre sus cabezas acusándolos del asesinato del profeta. El relato nunca llama a Anchos filósofo o sabio sino profeta y versificador, lo cual hace presumir que se tratase de un sacerdote. Lo que hace el profeta es sacar libros de la biblioteca del templo y conformar una pequeña biblioteca de viaje para satisfacer el pedido del rey. El final del relato nos revela que Anchos es un sacerdote que dedica su vida a la lectura del texto sacro: en el momento de su muerte tiene presente que Dios hizo las grullas y que él será demandador de todos los pecados.

3. La biblioteca erótica del deán de Cádiz

Las bibliotecas iniciáticas estaban entre las preferencias del rey Sabio, pero por eso mismo él sabía del peligro de su uso. Frente a este carácter heterodoxo de Alfonso, inclinado a las ciencias que no estaban prohijadas por la Iglesia, se opone su inmensa obra como autor de poesías marianas. Alfonso X fue un cultivador de la lírica gallego-portuguesa y dio cabida en su corte a gran cantidad de poetas. La lírica gallego-portuguesa floreció en todos sus matices en la corte castellana. Al lado de su actividad como juglar mariano, el rey Sabio también cultivó la sátira de las cantigas de *escarnho e maldezir*, quedándonos un ramillete de treinta y nueve cantigas. Este tipo de poemas era proclive a la sátira política, tanto de nobles como de eclesiásticos. En el centro se colocaba a figuras concretas, pero a su vez emblemáticas con las que se representaban los vicios y debilidades humanas²⁸. En una de esas cantigas de escarnio el monarca acusa a un deán de poseer una biblioteca de libros con los cuales consigue la absoluta entrega de mujeres tanto cristianas como moras:

²⁸ Remito al estudio de Giulia Lanciani y Giuseppe Tavani, *As cantigas de escarnio*, Vigo, Ediciones Xerais, 1995.

Ao daian de Cález eu achei
livros que lhe levavan d'aloguei;
e o que os traiga perguntei
por eles, e respondeu-m' el: -Senher,
con estes livros que vós veedes dous
e conos outros que el ten dos sous,
fod'el per eles quanto foder quer.

E ainda vos end'eu mais direi:
macar no leito muitas el ouver,
por quanto eu de sa fazenda sei,
conos livros que ten, non á molher
a que non faça que semelhen grous
os corvos, e as anguas babous,
per força de foder, se x'el quiser.

Ca non á mais, na arte do foder,
do que çnos livros que el ten jaz;
e el á tal sabor de os leer,
que nunca noite nen dia al faz;
e sabe d'arte do foder tan ben,
que cõnos livros que el ten i faz:
manda-os ante si todos trager,
e pois que fode per eles assaz,
se molher acha que o demo ten,
assi a fode per arte e per sen,
que saca dela o demo malvaz.

E, con tod'esto, ainda faz al
conos livros que ten, per bõa fe:
se acha molher que aja o mal
deste fogo que de Sam Marçal e,
assi a vai per foder encantar

que, fodento, lhi faz ben semelhar
que é geada ou nev'e non al²⁹.

No sabemos quién fuera este deán de Cádiz, centro de su crítica a quien le dedica también la cantiga «Penhoremos a daian». Tal vez la cantiga haya sido escrita entre 1263, fecha de la creación del obispado gaditano, y 1267, fecha en la que Alfonso hubo de ocuparse de ciertos problemas fiscales del cabildo de Cádiz³⁰. La acusación, por el contrario, es bien concreta: la utilización de una misteriosa biblioteca con fines eróticos³¹. Se trata de una cantiga muy bien construida. La primera estrofa presenta el caso: el rey advierte que al deán le llevan libros en alquiler con los cuales enamora mujeres. En las siguientes estrofas se amplía el repertorio de artes ocultas del deán. En las actividades licenciosas del religioso la biblioteca juega un papel importante: «conos livros que ten, non á molher / a que non faça que semelhen grous / os corvos, e as anguas babous, / per força de foder, se x'el quiser» (vv. 11-14).

¿De qué tipos de libros podría disponer este deán? Magia y filtros mágicos eran utilizados con fines eróticos desde la Antigüedad griega,

²⁹ Tomo el texto de Carlos Alvar y Vicente Beltrán (eds.), *Antología de la poesía gallego-portuguesa*, Madrid, Alhambra, 1984, pp. 185 s. Véase también Giulia Lanciani y Giuseppe Tavani, *op. cit.*, p. 163 y Juan Paredes, *El cancionero profano de Alfonso el Sabio*, edición crítica, notas y glosario, L'Aquila, Japadre Editore, 2001, pp. 294-296.

³⁰ Según ha conjeturado Francisco Márquez Villanueva, «Las lecturas del deán de Cádiz», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 395, 1983, pp. 331-345. Véase también Joseph T. Snow, «The Satirical Poetry of Alfonso X: A Look at its Relationship to the *Cantigas de Santa María*», en Francisco Márquez Villanueva y Carlos Alberto Vega (eds.), *Alfonso X of Castile, the Learned King (1221-1284). An International Symposium Harvard University, 17 November 1984*, Harvard Studies in Romance Languages, 1990, pp. 110-127.

³¹ En la cantiga «Penhoremos a daian» el rey se propone robarle al deán una de sus barraganas a cambio de un podenco que supuestamente el deán había robado al rey. Véase Juan Paredes, *op. cit.*, pp. 107-111.

aunque este arte en Castilla era patrimonio del saber arábigo³². Al-Ándalus fue territorio propicio a la circulación de tratados de esta disciplina. Entre ellos se cuenta el *Ghâyat tel-Hakim* de Maslena Ibn Ahmed el-Madjrîti (de Madrid), nativo de Córdoba, que dejó, además, una larga estela de discípulos; el tratado *De radiis* de Al-Kindi tuvo una traducción al latín en el siglo XII que llegó a manos de Egidio Romano y Roger Bacon; el *Picatrix*, atribuido al matemático y astrónomo andalús al-Madjrîti, también fue traducido al latín en el siglo XIII. Muchos de estos tratados daban recomendaciones sobre filtros, plantas o piedras mágicas con poderes eróticos³³. Alfonso había hecho traducir algunos del árabe, tales como el *Picatrix* o el *Libro de las formas*. Sin embargo, en la cantiga nunca se dice abiertamente que sean libros de magia, sino que son de «arte do foder» (v. 15). Es por eso que Francisco Márquez Villanueva ha sugerido que dichos libros deberían ser de tema erótico, manuales que entraban dentro del género de *adab* árabe que conformaban las lecturas del sacerdote licenciado en España³⁴. Sean libros de un tipo o de otro, su origen oriental es indiscutible. Alfonso acusa al deán

³² Christopher A. Faraone, *Philtres d'amour et sortilèges en Grèce ancienne*, París, Payot & Rivages, 1999 y Sylvain Matton, *La Magie arabe traditionnelle*, París, Retz, 1977.

³³ Por ejemplo el *Picatrix* en su capítulo 5 : «Ymago ad acquirendum amorem alterius. Facias duas ymagine, quarum unam facias in hora Iovis et ascendente Virgine et Luna crescente lumine, ipsamque ponas in ascendente, 4, 7, vel 10 domo. Secundum vero cadentes ab ascendente, et quod ascendens istius ymaginis sit 7 domus predicte, et dominus ascendentis ipsius aspiciat dominum ascendentis prefate trino vel sexteli aspecte. Et quando ipsas hoc modo feceris, adiungas eas amplexatas ad invicem, et subterra eas in hoc loco illius qui vult acquirere amorem et dilectionem» (*Picatrix. The Latin Version of the Ghâyat Al-Hakîm*, ed. David Pingree, Londres, The Warburg Institute-University of London, 1986, p. 18).

³⁴ «El clérigo enamorado, que ultrapirineos era un tipo ovidiano, se homologa en España con un clérigo vitalmente orientalizado [...] El clérigo refinado leía aquí libros de *adab* que hoy no se conservan, pero que debieron de existir en abundancia paralela con su ascendiente en el mundo arabófono» (Márquez Villanueva, *art. cit.*, p. 343).

como un gran aficionado a estas lecturas («e el á tal sabor de os leer», v. 17). Pero lo que censura Alfonso aquí no es en sí la biblioteca, sino el uso que hace de sus libros.

4. La biblioteca escolar del rey Apolonio de Tiro

Las bibliotecas fueron centro de atracción de los poetas de cuaderna vía. Sus autores buscaban inspiración en textos escolares que se hallaban en las bibliotecas más rudimentarias para el estudio del *trivium*: la *Alexandreis* de Gautier de Châtillon, los *Disticha Catonis*, el *Liber humanae conditioni*, colecciones de milagros marianos, etc.³⁵. No podía, por supuesto, serles ajena una de las novelitas más difundidas en la escuela medieval, la *Historia Apollonii regis Tyri*. No sabemos cuándo se originó este relato. Sus testimonios latinos más antiguos son del siglo VI d. C., pero se transformó en un best seller en la escuela medieval y ello favoreció su traducción a diversas lenguas de Europa³⁶. Su protagonista, el rey Apolonio, se caracteriza por huir de los enfrentamientos armados. Muy por el contrario, prefiere salir de los aprietos con el uso de la sabiduría. Efectivamente, Apolonio es un rey instruido en las artes del *trivium* y, por tanto, en su historia las bibliotecas juegan un papel fundamental. En Antioquía vive el rey Antíoco que mantiene relaciones incestuosas con su hija. Para evitar que los pretendientes se casen con ella, propone un acertijo, bajo pena de perder la cabeza. Muchos pretendientes mueren en el intento y sus cabezas cuelgan en la puerta de la ciudad. Apolonio, que escucha hablar de esta mujer, llega a

³⁵ Eso hizo que se buscara para esta corriente una estrecha vinculación con la Universidad de Palencia. Véase Francisco Rico, «La clerecía del mester», *Hispanic Review*, 53, 1985, pp. 1-23 y 127-150 e Isabel Uría, *Panorama crítico del mester de clerecía*, Madrid, Castalia, 2000, pp. 57-69.

³⁶ Alexander Riese, *Historia Apollonii regis Tyri*, Leipzig, 1893; Samuel Singer, *Appolonius von Tyrus. Untersuchungen über das Fortleben des antiken Romans in spätern Zeiten*, Halle, Max Niemeyer, 1895; Elimar Klebs, *Die Erzählung von Apollonius aus Tyrus. Eine geschichtliche Untersuchung über ihre lateinische Urform und ihre spätern Bearbeitungen*, Berlín, Reimer, 1899.

Antioquía para resolver el acertijo. Y «com'era Apolonio de letras profundado»³⁷, triunfa. Pero Antíoco, que quiere permanecer con su hija, lo engaña diciendo que no acertó y le otorga treinta días de plazo para que lo resuelva. Así, Apolonio, consternado, regresa a su casa para desentrañar el enigma:

Encerros' Apolonio en sus casas privadas,
do tenié sus escritos, sus estorias notadas;
rezó sus argumentos, las fazañas passadas,
caldeas e latines, tres o cuatro vegadas (c. 31).

El autor del *Libro de Apolonio* halla esta escena en germen en el texto latino: «Pervenit tamen Apollonius prior ad patriam suam et introivit domun et aperto scrinio codicum suorum inquisivit omnes quaestiones auctorum omniumque paene philosophorum disputationes omniumque etiam Chaldaeorum»³⁸. Pero hay que reconocer que las «quaestiones» y las «disputationes» que aparecen en el texto latino se transforman en el castellano en una viva pintura de la biblioteca personal de un escolar. El rey de Tiro, como Alfonso X u otros reyes, tenía en su cámara personal («en sus casas privadas») una selección de libros que más apreciaba. La biblioteca de Apolonio parece variada³⁹. Sus «estorias notadas» podrían referirse a volúmenes con

³⁷ *Libro de Apolonio*, ed. Manuel Alvar, Valencia, Castalia-Fundación Juan March, 1976, 3 vols., c. 22a.

³⁸ *Historia Apollonii regis Tyri*, ed. Gareth Schmeling, Leipzig, Teubner, 1968, p. 4.

³⁹ Manuel Alvar («Apolonio, clérigo entendido», en *Voces y silencios de la literatura medieval*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2003, pp. 89-102) hizo una descripción de esta biblioteca: «Charles H. Haskins ha establecido qué libros clásicos estudiaban los escolares de París a finales del siglo XIII: Virgilio, Estacio, Lucano, Juvenal, Horacio y Salustio; la lista se completaba con Ovidio, Marcial, Petronio y algunos historiadores y dialécticos; otros estudios de Adhemar muestran cómo a comienzos de ese mismo siglo el autor más conocido era Ovidio y a su lado iban Terencio, Horacio, Juvenal y Persio; había decrecido el prestigio de Virgilio y seguían favorecidos Estacio, Homero, Salustio y Lucano; habría que pensar también en los fabulistas que, desde el siglo XI, y habida cuenta de su

glosas marginales que generalmente colocaban los maestros de gramática para ilustrar tanto aspectos léxicos como históricos de los textos. Apolonio «rezó sus argumentos», buscaba el enigma en colecciones de adivinanzas que generalmente se elaboraban para el aula y, como se enseñaba en la escuela medieval, las leía en voz alta y las repetía una y otra vez. Pero para resolver el enigma no le basta con esto. Hojea «las fazañas passadas», es decir, libros de historia en las que el escolar medieval hallaba ejemplos de conducta siguiendo la antigua tradición de los *Dicta et facta memorabilia* de Valerio Máximo. Esas fazañas eran «caldeas e latines», es decir, escritas en hebreo y en latín (¿Tal vez libros del Antiguo y Nuevo Testamento?). Finalmente, luego de mucho leer y reflexionar la respuesta, no puede menos que pensar que el rey Antíoco le ha mentado: «En cabo otra cosa, non pudo entender, / que al rey Antíaco pudese responder» (c. 32ab).

Si bien el saber ocupa un lugar preeminente en la obra (saberes musicales de Apolonio, saberes juglarescos de Tarsiana, disputa por enigmas entre Apolonio y Tarsiana), no vuelve a aparecer otra biblioteca. Insisto en el hecho de que la descripción de la biblioteca de Apolonio es clara: ella corresponde a la de un escolar instruido en el *trivium* y son estos saberes los que permiten al monarca recuperar su prestigio y posición social. Por eso, la descripción de la biblioteca de Apolonio al comienzo de la obra cumple una función importante: perfila la personalidad del joven rey y le permite superar la primera prueba. Esta importancia fue advertida por el autor de la versión castellana y de allí su esmero en dedicarle a la biblioteca toda una copla.

valor moral, se consideraban imprescindibles en la educación de los niños siguiendo unas pautas recomendadas por San Agustín. De esta práctica proceden los muchos *Isopetes* romances. Más o menos parecida a ésta sería la biblioteca de Apolonio» (pp. 90 s.).

4. La biblioteca nigromántica de don Yllán de Toledo

¿Qué bibliotecas habrá frecuentado don Juan Manuel? Posiblemente el noble castellano haya tenido a su disposición ricas bibliotecas. Fue educado en la corte del rey Sancho IV (1284-1295) en la que se traducían el *Livre dou trésor* de Brunetto Latini, el *Elucidarium* de Honorius Augustodunensis, el *De ira* senequista y se compilaban los *Castigos del rey don Sancho IV*. La alabanza que hace de su tío, Alfonso X, en el prólogo al *Libro de la caza* indica que estaba familiarizado con su obra. Y de hecho, la literatura del período alfonsí dejó hondas influencias en su escritura. Pero también debió de tener a su disposición las nutridas bibliotecas de los frailes predicadores a quienes dejó la custodia del códice que contenía sus obras. A pesar de que Juan Manuel no mencione sus fuentes, muchos trazos de lecturas eruditas se pueden hallar a lo largo de su obra. No podríamos esperar menos de un hombre que hizo suyo un antiguo proverbio bíblico: «la mejor cosa que omne puede aver es el saber»⁴⁰.

La enseñanza auricular debió de jugar un papel importante en la vida de don Juan Manuel. Lector entusiasta de las obras que había traducido su tío directamente del árabe, prácticamente todos sus escritos reproducen el marco dialogado ficticio de un discípulo que habla con su maestro, sea bajo la forma de un caballero anciano que charla en el bosque con un caballero novel, del gran señor que pregunta a su servidor o aún del diálogo en el lecho de muerte que mantiene con el rey don Sancho IV. De una forma u otra, la transmisión del saber se hace de forma oral.

Hay, sin embargo, un relato en el *Conde Lucanor* en el que las bibliotecas juegan un papel importante. Se trata del famoso ejemplo N° 11 en que un deán de Santiago llega a Toledo atraído por los

⁴⁰ *Don Juan Manuel. Obras completas*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Gredos, 1981, T. I, p. 145. Se trata de *Proverbios* 3: 13-14: «Beatus homo, qui invenit sapientiam / et qui affluit prudentia: / melior est acquisitio eius negotiatione argenti, / et auro primo fructus eius ».

saberes nigrománticos de don Yllán⁴¹. El relato opone dos localidades de espíritu diferente: Santiago de Compostela, meca de la cristiandad, y Toledo, ciudad renombrada por sus nigromantes⁴². El relato es una fina descripción de caracteres humanos: de una parte, desconfianza del maestro; de otra, ambición desmedida y desagradecimiento del discípulo. Al llegar el deán a casa de don Yllán, lo halla abocado a la lectura: «Et el día que llegó a Toledo, adereçó luego a casa de don Yllán et fallólo que estava leyendo en vna cámara muy apartada» (II, p. 99). La primera imagen que se nos presenta del nigromante lo muestra rodeado de sus libros. Cuando don Yllán concede en enseñarle su saber, lo lleva al lugar donde deposita su librería nigromántica. Don Juan Manuel coloca escasas, pero significativas noticias del lugar donde se hallaba la biblioteca. Descienden por una «escalera de piedra muy bien labrada» (II, p. 99) pareciendo que llegan a descender por debajo del río Tajo. Ya la escalera presagia entrar a un lugar iniciático que deslumbra al joven deán. Luego de ella llegan a la biblioteca: «Et desque fueron en cabo del escalera, fallaron vna possada muy buena, et vna cámara mucho apuesta que y avía, ó estauan los libros et el estudio en que avían de leer» (II, p. 99). Aunque nada se dice de los preciados libros, la biblioteca de don Yllán no debería de escapar al perfil de una biblioteca de artes mágicas del siglo XIII. Pero Juan Manuel en su relato le da una función que sí es diferente. Don Yllán se ocupa, como por lo general ocurría con las artes mágicas, de producir una ilusión: la de hacer creer al deán su ascensión en la escala jerárquica de la Iglesia. Es lo que los tratados de la época definían como

⁴¹ Para las fuentes de este relato, remito a los estudios de Reinaldo Ayerbe-Chaux, *El Conde Lucanor. Materia tradicional y originalidad creadora*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1975, pp. 98-104 y Daniel Devoto, *Introducción al estudio de don Juan Manuel y en particular del Conde Lucanor. Una bibliografía*, París, Ediciones Hispano-Americanas, 1972, pp. 382-393.

⁴² Para Toledo como centro de la magia, véase el trabajo de Jaime Ferreiro Alemparte, «La escuela nigromántica de Toledo», *Anuario de Estudios Medievales*, 13, 1983, pp. 205-268.

*fantasmagoría*⁴³. La librería de don Yllán juega como espacio en el cual se desarrolla casi toda la acción del relato hasta que los personajes comienzan a peregrinar por diversas ciudades acompañando la ascensión jerárquica del deán. Y a ella vuelven cuando el nigromante decide hacer retornar al deán de la ilusión en la que lo ha envuelto.

El carácter heterodoxo de la biblioteca de don Yllán se percibe mejor si se la confronta con lo que en la misma época se pensaba que debería de ser una biblioteca ideal. Tenemos dos ejemplos de ello, ambos referidos al rey Alfonso XI, enemigo declarado de Juan Manuel. La primera descripción de una biblioteca ideal se halla en la llamada *Crónica de los tres reyes* que elaboró Ferrán Sánchez de Valladolid hacia 1340-1345⁴⁴. En el prólogo de dicha compilación, al reseñar las causas que movieron al rey a ordenar la composición de estas crónicas, el cronista señala:

E por esto el muy alto e muy honrado e muy bienaventurado don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, del Algarbe e de Algecira, e señor de Molina, e aviendo voluntad que los fechos de los reyes que fueron ante que él fuesen fallados en scripto, mandó catar las corónicas e estorias antiguas. E falló scripto por corónicas en los libros de su cámara los fechos de los reyes que fueron en los tiempos pasados, reyes godos hasta el rey Rodrigo. E desde el rey don Pelayo, que fue el primero rey de León, fasta el tiempo que finó el rey don Ferrando, que ganó Sevilla e a Córdoba e las villas del obispado de Jaén e el regno de Murcia⁴⁵.

⁴³ Sylvain Matton, *op. cit.*, p. 33.

⁴⁴ Sobre esta crónica, véanse las páginas que Fernando Gómez Redondo le dedica en su *Historia de la prosa medieval castellana. I. La creación del discurso político: El entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 965-979 y del mismo, «De la crónica general a la real. Transformaciones ideológicas en *Crónica de tres reyes*», en Georges Martin (ed.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XIV)*, *op. cit.*, pp. 95-123.

⁴⁵ *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, Madrid, Imprenta de los Sucesores de

El cronista es claro: para realizar estas crónicas se sirvió de los libros que el rey guardaba en su cámara. Se trataba de libros para su edificación personal. De hecho, esa es la función de ésta como de toda crónica: «[...] mandólas escrebir en este libro, porque los que adelante vinieren sepan en cómo pasaron las cosas en tiempo de los reyes sobredichos» (p. 3). La crónica a la que alude dividía la historia de España en el episodio de Rodrigo, el último godo. Esto coincide exactamente con la estructura actual de la *Estoria de España* alfonsina, repartida en dos volúmenes (códices escurialenses *E¹* y *E²*)⁴⁶.

La segunda alusión a la biblioteca de Alfonso XI se hace en el poema laudatorio que Rodrigo Yáñez dedicó a este monarca. Con justa razón se ha calificado al *Poema de Alfonso XI* como de «crónica rimada», pues narra, al igual que su crónica, la vida del monarca. Una vez pasada la etapa de minoría, el poeta relata los primeros hechos heroicos de Alfonso XI que van a presentar la imagen de un *rex cristianissimo*, sobre todo el empeño del monarca en llevar adelante la Reconquista⁴⁷. Pero la fuente de inspiración para realizar esta empresa no es el ayo que tan sabiamente lo aconsejó en su mocedad, sino su biblioteca:

Pues asosegó sus tierras
(e) señoró del Poniente,
luego pensó aver guerras
con los pueblos de(l) Oriente.
Paró mientes el buen rey
en libros qu'están escritos
(de) los preceptos de ley

Hernando, 1919, T. I, p. 3.

⁴⁶ Este aspecto ha sido estudiado por Diego Catalán, *De Alfonso X al Conde de Barcelos: Cuatro estudios sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y Portugal*, Madrid, Gredos, 1962.

⁴⁷ Sobre este poema sigue siendo fundamental el libro de Diego Catalán, *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo*, Madrid, Gredos, 1953. La creación de la imagen del monarca fue estudiada por María Fernanda Nussbaum, «El pensamiento político en el *Poema de Alfonso XI*», *Boletín Hispánico Helvético. Historia, teoría(s), prácticas culturales*, 7, 2006, pp. 5-44.

(de) la santa fe de Cristos.
 E vio libros que fablavan
 del (muy) noble Cid Ruy Díaz
 e cómo los reys provavan
 con moros cavallerías.
 E vínole a coraçón
 de con moros contender:
 de Casti(e)lla e de León
 ayuntó muy gran poder⁴⁸.

El rey relee los libros «(de) los preceptos de ley / (de) la santa fe de Cristos», obvia referencia a los diversos libros de la Biblia, tal vez en sus versiones romances, que le brindarían los fundamentos dogmáticos para llevar a cabo dicha tarea⁴⁹. Los libros que relatan los hechos del Cid pueden hacer referencia o a la historia novelada del héroe que el propio Alfonso XI incorporó a la sección de la *Estoria de España* que redactó en su gobierno o a otras historias referidas al héroe sobradamente difundidas en Castilla en el siglo XIV⁵⁰. Los restantes libros que relatan «cómo los reys provavan / con moros cavallerías», pueden hacer referencia a los relatos de ultramar que

⁴⁸ *Poema de Alfonso Onceno*, ed. Juan Victorio, Madrid, Cátedra, 1991, cc. 283-286.

⁴⁹ Versiones romances habían sido elaboradas ya por Alfonso X, véase de Oliver H. Hauptmann, «The *General Estoria* of Alfonso el Sabio and Escorial Biblical Manuscript I.j.8», *Hispanic Review*, 13, N° 1, 1945, pp. 45-49; Diego Catalán, «La Biblia en la literatura medieval española», *Hispanic Review*, 33, N° 3, 1965, pp. 310-318; Francisco Rico, *Alfonso el Sabio y la General Estoria: tres lecciones*, Barcelona, Ariel, 1984; Henry S. Gehman, «The Arabic Bible in Spain» *Speculum*, 75, N° 2, 2000, pp. 464 s.; Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, pp. 122-131.

⁵⁰ Diego Catalán, «Crónicas generales y cantares de gesta. El Mio Cid de Alfonso X y el pseudo-Ben-Alfaray» *Hispanic Review*, 31 N° 3 (1963), pp. 195-215 y 31 N° 4 (1963), pp. 291-306; *idem*, *El Cid en la historia y sus inventores*, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2002; Nancy J. Dyer, *El Mio Cid del taller alfonsí: versión en prosa en la Primera crónica general y en la Crónica de veinte reyes*, Newark Delaware, Juan de la Cuesta, 1995.

desde épocas del rey Alfonso X circulaban en la corte castellana y que le ofrecerían ejemplos palpables a imitar⁵¹.

La biblioteca de Alfonso XI es una biblioteca de edificación, digna de un rey que se proponía como modelo de conducta y adalid de la Reconquista. Frente a esta biblioteca, la de don Yllán se presenta tan oculta y hermética como el saber que ella guarda.

5. La biblioteca doctrinal de la corte papal de Roma

Las vidas de santos están llenas de milagros. Por eso no es de extrañar que la historia de los *Moralia in Job* de San Gregorio Magno se viera envuelta en un relato milagroso. El episodio se narra en un manuscrito del siglo XV de la Biblioteca Universitaria de Estrasburgo, Cod. hispan. 10, que contiene *La estoria de los quatro doctores de la Santa Egleſia*, es decir, el relato de las vidas de San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio Magno y a continuación de ellos se coloca *La estoria del rey Amenur e de Josaphat e de Barlaam*⁵². Todos estos textos provienen de la versión que de la vida de estos santos presenta Vicente de Beauvais en su *Speculum Historiale*, aunque, según Lauchert, el manuscrito que nos ha quedado no parece ser el original, sino provenir de copias previas: «Manche Indicien weisen deutlich darauf hin, dass unsere Handschrift

⁵¹ La circulación de relatos en Castilla referidos a las Cruzadas han sido estudiados por Cristina González, *La tercera crónica de Alfonso X : La gran Conquista de Ultramar*, Londres, Tamesis Books, 1992 ; Hugo O. Bizzarri, «Sancho IV y el relato de las cruzadas», en F. Carmona Fernández y J. M. García Cano (eds.), *Europa y sus mitos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2004, pp. 9-29 y Fernando Gómez Redondo, *op. cit.*, pp. 1029-1092.

⁵² Textos editados por Friederich Lauchert, *La estoria de los quatro doctores de la Santa Egleſia. Die Geschichte der vier grossen lateinischen Kirchenlehrer, in einer alten spanischen Übersetzung nach Vincenz von Beauvais*, Halle, Max Niemeyer, 1897; *idem*, «La estoria del rey Anemur e de Iosaphat e de Barlaam», *Romanische Forschungen*, 7, 1893, pp. 331-402 y Gerhard Moldenhauer, *Die Legende von Barlaam und Josaphat auf der iberischen Halbinsel. Untersuchungen und Texte*, Halle, Max Niemeyer Verlag, 1929.

nicht direkt aus dem lateinischen Übersetzung, sondern die Abschrift einer älteren spanischen Vorlage ist»⁵³.

El relato, como toda vida de santo, tiene una estructura muy simple: narración de la biografía del santo con especial interés en algunos episodios de su vida, lo que ofrece la posibilidad de insertar relatos intercalados, reseña de los libros que escribió el santo y luego una *excerpta* de preceptos sacados de dichos libros. La vida de San Gregorio cierra ese grupo de cuatro historias (caps. 128-216). Varios son los relatos que se insertan en la vida, entre ellos el del ermitaño y su perrillo (cap. 134), el milagro del verdadero cuerpo de Jesús (cap. 135), las reliquias que manaron sangre (cap. 136) o el milagro ocurrido mientras Gregorio escribía su tratado sobre la visión de Ezequiel (cap. 139).

Uno de esos relatos milagrosos es el de la recuperación del comentario del santo al *Libro de los Morales de Job*. Se dice que una vez muerto San Isidoro se pierde este comentario de San Gregorio. Años después Xindesinde, rey de España, envió a Tajón, obispo de Zaragoza, a Roma para que buscara dicho libro. Pero el Papa no accede a su petición, bajo pretexto de hallarse el libro perdido en la gran biblioteca papal: «El qual commo viese la su petición ser alongada de día en día del papa, así commo si por la muchedumbre de los otros libros non podiesen ser fallados aquellos libros en el armario de la siella apostolical» (pp. 301 s.). La excusa del papa para no dar el libro era estar perdido en la gran cantidad de volúmenes que conformaban su biblioteca. Pero una noche el emisario español logra que se le permita permanecer en la iglesia de San Pedro para orar. Mientras oraba, tuvo una visión en la que vio venir una muchedumbre de hombres ilustres hacia sí, uno de los cuales le preguntó qué deseaba. Al repetir su demanda, éste le señaló con su dedo un armario en el cual se hallaba el deseado libro: «El qual commo luego le contase la razón de la su venida, él estendió el dedo e dixol[e]: en aquel armario que vees están los libros que demandas» (p. 302). Contado esto a la mañana siguiente al Papa, pudo tomar los

⁵³ Lauchert, *op. cit.*, p. x.

libros y retornar a España. Finaliza el autor señalando que este milagro se incluye en el prólogo de todos los volúmenes de los *Moralia* que se hallan en España.

El relato, pues, nos narra, como en muchos de los que hemos visto, la historia de la búsqueda de un libro, aunque de manera diferente a como se daba en la tradición oriental. No se trata aquí de una búsqueda iniciática, sino, por el contrario, de un libro inscrito en la ortodoxia católica. No hay dudas ahora de la biblioteca de que se trata: es la biblioteca Vaticana, la de los papas, con sus armarios colmados de volúmenes, pero de acceso restringido, una de las más importantes en teología dogmática.

6. Conclusión

Los ejemplos aquí comentados nos muestran un nutrido grupo de textos en los cuales la biblioteca ha jugado un papel importante. Naturalmente, ninguno de ellos tuvo una influencia destacada en los siglos XVI y XVII que justificara la aparición de una biblioteca tan personal como la de Alonso Quijano o el escrutinio que se hace de ella. En este sentido, otras corrientes de los Siglos de Oro jugaron un papel más decisivo. Entre ellas, la idea difundida desde Nebrija y lingüistas posteriores como Juan de Valdés o Bernardo de Aldrete de la excelencia de la lengua castellana y la falta de buenos escritores que la cultivaran; o los exámenes de la literatura de la época, como el practicado por Juan de Valdés en la última parte de su *Diálogo de la lengua*; o aún la inquisición misma.

Pero no ha sido mi propósito aquí estudiar los antecedentes de la biblioteca de Alonso Quijano, sino más bien observar cómo a lo largo de toda la Edad Media la biblioteca fue perfilándose como espacio literario y como resorte de la acción de no pocas narraciones. Una función que, aunque secundaria, merecería ser tenida en cuenta en una historia de la lectura y del libro antiguo.

Hugo O. BIZZARRI
Université de Fribourg

